

CAPÍTULO 2: ES DIFÍCIL PERDERSE

Algunas piensan que la ruta de la perdición es cuesta abajo hasta el final, pavimentada de hielo, y todo lo que la persona tiene que hacer para perderse, es deslizarse por ella fácilmente. Pero si creemos lo que la Biblia enseña en 2 Pedro 3:9, no podemos aceptar este enfoque popular: "el Señor... no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento".

Dios mismo dio todo el cielo en su Hijo, la ofrenda más valiosa de todas. Dios está resuelto a usar todos los recursos del cielo, a fin de que nadie se pierda. Y si él es la Fuente de todo poder en el cielo y en la tierra, entonces no dudemos, Dios ha dificultado la vía de la perdición, pero a la vez ha facilitado la de la salvación. Él hará todo lo posible por salvar a la persona, pero nunca forzará su voluntad, porque él respeta la individualidad y el derecho sagrado de elegir.

Cuando el sabio Salomón dijo que el camino del transgresor es duro, él debe de haber comprendido en primer lugar la naturaleza del Dios que nos creó. Nuestro Señor cuida de cada persona nacida en este mundo. Él es quien mantiene nuestro corazón latiendo en este mismo momento. Dios nunca nos ha culpado por haber nacido en este mundo de pecado. Él sabe que nacimos pecadores, y que lo somos por naturaleza. Y Él ha hecho toda provisión necesaria para nuestra salvación.

Pero algunos piensan que la desigualdad es demasiado grande, que lo único que les queda, es aceptar la premisa de que algunos han nacido para servir de combustible a los fuegos del infierno, y entre ellos me encuentro yo.

Cierta vez me tocó visitar a una anciana elegante y sofisticada, que tenía casi ochenta años. Asistía fielmente a la iglesia y siempre estaba presente en el culto de oración. Después de conversar un rato con ella, me pareció que todo marchaba bien, y me dispuse a salir. Al despedirme, le dije:

-Hermana, ¿hay algo que pueda hacer por usted como pastor, para ayudarla y animarla?

-Sí, sí puede; ayúdeme a olvidar un poquito todo este asunto de Dios, de la fe, de la Biblia y de la religión, contestó ella.

-¿Qué trata de decir? -inquirí.

-Por años he tratado de olvidarme de Dios, de la iglesia, de la Biblia y del Espíritu Santo, y no he podido - replicó la hermana. Me imagino que soy una criatura habituada. Así me criaron mis padres. Voy al culto de oración, pero no puedo soportarlo. Quisiera no ir. Y casi llorando me rogó que la ayudara a salir de ese terrible dilema.

Me apresuré a explicarle, que ayudar a la gente a apartarse de la iglesia, no era parte de mi trabajo. Pero desde entonces he pensado muchas veces en esa experiencia. ¡Qué pedido tan trágico, aunque ejemplifica la verdad de que es muy difícil alejarse de Dios! Quizás en su caso se trataba solo de un hábito, pero debe de haber habido alguien superior obrando en su vida. Me gustaría creer que Dios ha hecho todo lo posible por colocar obstáculos insalvables, piedras de tropiezo y dificultades en el camino de los que escogerían la ruta de la perdición, haciendo todo lo posible para evitar que se pierdan.

Vamos a considerar juntos siete u ocho de estos grandes impedimentos. Espero que cada vez que usted escuche el texto: "El Señor no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento", recuerde algunas de estas barreras y obstáculos colocados por Dios.

Imagino que los primeros cuatro impedimentos serían normalmente aceptables, en los países más o menos religiosos, entre gente que ha tenido la oportunidad de verse confrontada con

el Evangelio, y hasta entre aquellos que tienen muy pocos antecedentes religiosos.

1. LA BIBLIA

El primer gran impedimento que la persona tendrá que eludir para poder perderse, sería el obstáculo que representa la Palabra de Dios. Los escépticos e infieles han tratado por siglos de deshacerse de la Biblia, pero este Libro sigue siendo todavía un éxito de librería. Puede que no sea el mejor leído, pero sigue encabezando la lista. La Biblia viene en todos los colores, formas, tamaños y versiones. Si usted no tiene un ejemplar, acuda a cualquier oficina de la Sociedad Bíblica Latinoamericana, e incluso puede conseguir una gratuitamente. La Biblia está en todas partes, y todo aquel que quiera deshacerse de ella, tendrá que realizar una tarea monumental.

Es cierto que la Palabra de Dios "permanece para siempre". (1 Pedro 1:25). Es posible que algunos piensen que sigue siendo a todas luces un impedimento fácil de vencer, puesto que para muchas personas, la Biblia con su sola presencia, sigue siendo un poderoso factor disuasivo, aunque nunca se abra.

Hace algún tiempo fui con mi hermano a cierta ciudad, con el fin de celebrar unas reuniones evangelistas. Allí nos pusimos en contacto con el administrador de un auditorio con doble capacidad. Había dos salones en el mismo edificio, separados por un vestíbulo, con dos entradas, la una frente a la otra. Existía la posibilidad de alquilar uno de ellos. En el otro se realizaban bailes tres noches a la semana. Consideramos el asunto, y finalmente decidimos correr el riesgo y alquilar el salón disponible, a pesar de los bailes que se llevarían a cabo al otro lado del vestíbulo.

¡Hasta pensamos que podríamos repartir volantes, anunciando las conferencias a la entrada del salón de baile! Sin pensarlo dos veces, el administrador nos dijo: -Lo siento. No les puedo alquilar el otro salón.

- ¿Por qué? ¿No está disponible?

-Sí, dijo, pero cuando la gente venga al baile y vea a otros entrar con Biblia en las manos, eso arruinará la fiesta. Así que nos fuimos de allí un tanto frustrados.

Una pareja, al entrar en un motel de cierto lugar, con el fin de "divertirse" ese fin de semana, encuentran una Biblia en la mesa de noche. Me atrevo a asegurar que habrán tenido que esconder la Biblia, si se propusieron transgredir los mandamientos de Dios. Sí, a pesar de los intentos de hacerla desaparecer, la Biblia permanece.

2. LOS SERMONES EVANGÉLICOS

La segunda gran barrera que la persona tendrá que salvar, para poder perderse, son los sermones que haya escuchado en su vida. El apóstol Pablo habló de esto. Él mencionó la necesidad de la predicación (véase 1 Corintios 1:21), y se dio cuenta, que si bien ella podría parecer absurda en varios sentidos, con todo, Dios la escogió para salvar a los perdidos.

Cuando era joven, escuché sermones difíciles de olvidar, sermones que conservo todavía en mi mente, a pesar de los años transcurridos. ¿No le pasa a usted lo mismo? Recuerdo que fui a estudiar un verano en la Universidad de California, campus de San Francisco. Más tarde, cuando regresé nuevamente a una universidad cristiana y escuché la exposición de la Palabra de Dios, me di cuenta de lo que mucho que había perdido, al haber escuchado sermones evangélicos durante ese verano en una institución secular.

Cierta vez, escuché un sermón acerca de Jesús cuando él pasaba por el camino. Estaba basado

en la historia del ciego Bartimeo, que pedía limosnas junto a ese camino. Cuando escuchó que se acercaba una multitud, Bartimeo preguntó:

- ¿Qué sucede?
- Que está pasando Jesús de Nazaret.

Ahora bien, lo peor que le podía suceder a Bartimeo era que Jesús pasara de largo; por lo tanto, empezó a gritar: - ¡Jesús! ¡Hijo de David! ¡Ten misericordia de mí!

Mis amigos, yo no quisiera que Jesús de Nazaret pasara de largo frente a mí. ¿Y ustedes? Yo quiero que se detenga y se quede en mi vida, en mi casa, en mi iglesia. Yo no quiero que pase de largo. Si quiero perderme, tendré que olvidarme de esta frase. Pero el Espíritu Santo se encarga de recordármela. "Jesús de Nazaret está pasando por aquí".

Probablemente usted recuerde sermones que han hecho un impacto semejante en su vida. Por cierto, fue el sermón que Saulo había escuchado y la forma en que terminó, lo que dio lugar a su extraordinario encuentro con Dios en el camino a Damasco. Recordemos que Él se encontraba entre la multitud que apedreó a Esteban, y un poco antes había escuchado la predicación del mártir. Durante aquel discurso, los corazones de los oyentes fueron impresionados, incluso el de Saulo.

Cuando Esteban llegó al final de su sermón, miró hacia el cielo, comprendiendo que le quedaba poco tiempo, y vio a Jesús de pie junto al trono de Dios. ¡De pie! Jesús no iba a soportar la terrible escena. ¿Se imagina a Esteban viendo realmente a Jesús, que de pronto se levanta de su trono para estar a su lado, interesado, preocupado por él, en este momento crucial de su vida? Él dijo: "Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios". (Hechos 7:56)

Saulo no pudo olvidar esa experiencia. No pudo olvidar el sermón que pronunció Esteban, y la manera en que lo concluyó. Trató, pero no pudo. Ese recuerdo lo persiguió a lo largo del camino a Damasco, hasta que cayó al suelo, exclamando: "¿Qué haré, Señor?" (Hechos 22:10).

3. EL BUEN DISCERNIMIENTO

Pienso en otro gran impedimento que tendría que vencer la persona que quisiera perderse, y es la del discernimiento, el buen sentido común. Todos sabemos que lo que el mundo ofrece al final de la vida, no es en realidad demasiado impresionante. ¿Se ha puesto a pensar en las opciones? El cristiano dice: "Por la gracia de Dios, espero la vida eterna". El profano, que no tiene tiempo para la fe y la Biblia, dice: "Al final de esta vida, moriré, y permaneceré muerto y enterrado para siempre". Francamente, no me impresiona la oferta del secularismo. No me atrae. Creo que aceptaría cualquier otra cosa.

Me gusta la ilustración que una vez alguien me presentó. Supongamos que hay dos personas. Una de ellas cree en la vida eterna, en Dios y en la Salvación; pero la otra, no. Una cree que cuando muera, permanecerá en ese estado por mucho tiempo. Estas dos personas empiezan a hablar de la vida eterna, del cielo y del infierno, basándose solamente en la lógica y la razón. ¿En qué terminará la discusión?

Sería justo que admitieran que ninguno de los dos podría probar su punto de vista, como suelen los seres humanos probar las cosas. Yo no puedo probarle en un laboratorio científico o mediante algún experimento, que hay vida eterna. Esto es algo que hay que aceptar por fe. Pero tampoco usted, ni nadie, puede probarme lo contrario. ¡Ello también debe aceptarse por fe!

La fe sigue siendo el gran misterio, el gran enigma de la humanidad; y el interrogante que ocupa el primer lugar entre las cinco preguntas que más hacen lo seres humanos, es este: "¿Hay vida

después de la muerte?"

Bueno, para ser justos, digamos que nos ponemos de acuerdo en que haya un cincuenta por ciento de probabilidad de que yo esté equivocado, y usted en lo cierto; y un cincuenta por ciento de probabilidad de que usted esté equivocado, y yo en lo cierto. Eso sería lo justo,

¿no cree? De manera que ambos disfrutamos hasta el final nuestras vidas, y descubrimos que usted tenía razón: No hay Dios, no hay vida eterna. Los dos morimos y nos entierran en el mismo lugar. ¿Está bien?

Pero al final de nuestras vidas, cierto día vemos una nube que se acerca a la tierra, y que súbitamente llena todo el espacio celeste, usted tendrá que admitir que yo estaba en lo correcto. Que hay vida eterna. Jesús ha venido y usted habrá perdido todo. El salmista dice: "Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría". (Salmo 90:12)

Por supuesto, el razonamiento acostumbrado será: "Sí, pero por ser religioso, usted se ha perdido toda la diversión que depara la vida". La idea común es que los cristianos nos pasamos la vida sentados en la iglesia, cantando himnos. Aunque la realidad es muy diferente, ¿No es cierto?, pero lo que sigue siendo verdad mientras dure la vida, es lo que dijo el sabio: que el camino de los transgresores es duro. En Isaías 1:18, leemos: "Venid y razonemos, dice el Eterno". Sorprende saber que usamos tan poco nuestro buen discernimiento y sentido común, cuando pensamos en el tiempo y la eternidad.

Una vez conocí a cierto hombre que fumaba cigarrillos, uno tras otro. Él me dijo: "Cualquier cobarde puede dejar de fumar. Pero se necesita ser verdaderamente hombre para afrontar el cáncer de pulmón".

¿Hay lógica en esto? No, porque este razonamiento se desbarata desde la primera palabra. Por cada cigarrillo que él encendió, tuvo que superar la gigantesca montaña del mejor discernimiento, que trataba de advertirle el peligro.

4. LA ORACIÓN INTERCESORA

El otro gran obstáculo que la persona con antecedentes religiosos tiene que vencer, si quiere perderse, son las oraciones intercesoras de sus amados. Y ésta es una barrera bastante difícil de superar.

Hubo una vez un hombre llamado Pedro, a quien Jesús amaba. Cierta noche, en el jardín, Pedro recordaba lo que Jesús había dicho poco antes. "Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte". (Lucas 22:31-32). "He orado por ti". Pedro no pudo olvidar esas palabras.

¿Le ha dicho alguien alguna vez que está orando por usted? ¿Qué le ha producido esto? ¿Lo hizo sentirse agradecido, o molesto? Hay algo que usted tiene que admitir, y es que no puede impedir que alguien ore por usted. Todo el mundo tiene el privilegio de orar por quien deseé.

Hace algún tiempo, durante varias semanas, estudiamos en mi iglesia el tema de la oración, a la hora del culto de oración. Los miembros insistían con esta pregunta: "¿Puede una persona orar por alguien que esté a muchos kilómetros de distancia, y beneficiarlo aún si ese alguien no lo sabe?". Existe un enfoque moderno, según el cual la oración intercesora solamente tiene valor por motivos psicológicos; y por lo tanto, puede ayudar a la persona por quien usted ora, sólo si sabe que usted lo hace. Si no es así, de nada le valdrá.

Finalmente, llegamos a la conclusión de que únicamente podríamos encontrar la respuesta correcta en el laboratorio de la vida. La gente dijo: "¿Por qué no oramos por un caso imposible sin

que la persona lo sepa?"

Ese día precisamente se nos presentó un caso imposible. Se trataba de un obrero que había regresado del campo misionero; sentía que había sido maltratado en aquel lugar. El hombre había abandonado el servicio misionero; había dejado la iglesia; había abandonado la fe, y estaba amargado y sin esperanza. Alguien me pidió que lo visitara; y todo lo que hizo cuando llegó a su casa, fue insultarme. Después de haber hecho todos los esfuerzos para ayudarle, sin ningún resultado positivo, me disponía a salir un tanto desanimado, cuando apareció su esposa y también procedió a insultarme. Cuando ya me iba, dijeron los dos: "Y no ore por nosotros".

Recuerdo que me dije a mí mismo: "Bien camarada, no te lo voy a decir". En el culto de oración esa noche, mencioné su nombre. Muchos de los presentes lo conocían. Acordamos que oraríamos por esa familia todos los días durante un mes, tanto en forma individual, como juntos en el culto de oración. También decidimos no decírselo a ellos. Se trataba de un pequeño experimento de laboratorio.

La primera semana de nuestro experimento, leímos en los periódicos que la casa de esta familia se había quemado. En la siguiente reunión de oración, pregunté: "¿Por qué están ustedes orando al fin y al cabo?"

A la siguiente semana, alguien informó que a este hermano le habían robado una pieza valiosa del equipo que usaba en su trabajo. ¡Durante ese mes le sucedieron muchas cosas a esa familia! Nos preguntábamos por qué. No nos lo podíamos explicar. Pero la última semana de ese mes, durante el culto de oración, la puerta de la iglesia se abrió, para dar paso a este hermano y a su familia. Los asistentes se quedaron estupefactos en sus asientos.

Yo no me lo explico. Ni conozco todos los motivos. Lo que sí sé, es que pudimos restablecer la comunicación con esa familia. Y endoso los resultados de ese experimento de laboratorio, por encima y sobre todos los análisis y especulaciones en cuanto a los hechos o la ausencia de ellos.

¿Ha descubierto usted que la oración cambia las cosas? Es muy difícil olvidar las oraciones de sus amados. Ellas son un impedimento tremendo, si usted quiere perderse.

5. LA CONCIENCIA

Los siguientes cuatro impedimentos se aplican a todos. Uno es el obstáculo de la conciencia. Juan 8:9 dice: "Acusados por su conciencia". Un grupo de hombres malvados querían apedrear a la mujer, pero su conciencia se lo impidió. En Romanos 2:14-15 dice que hasta aquellos que no conocen a Dios tienen conciencia. Es difícil definir lo que es la conciencia, pero usted sabe lo que es sentirse acusado por su propia conciencia.

Recuerdo que cuando tenía cuatro años, le mentí a mi papá. Más tarde, al observar a mis propios hijos de cuatro años, no pude entender cómo serían capaces de mentir a esa edad, ni mucho menos saber lo que significa la mentira. Pero yo recordaba aquella mentira claramente. Durante siete años mi conciencia me habló de ella. Cuando cumplí once años, finalmente una noche tuve que levantarme de la cama, ir al cuarto de mi padre, despertarlo y pedirle que me perdonara aquella mentira de hacía siete años. Nunca he olvidado la sensación de paz que inundó mi corazón en ese momento. Es sumamente difícil traspasar la barrera de la conciencia.

6. LAS DIFICULTADES

Pienso en otro gran obstáculo que tiene que vencer quien quiera perderse. Se trata de las tristezas y los problemas de la vida. No nos gusta la idea de usar a Dios, la fe y la religión como una escalera de escape. Pero ¿a dónde volvemos?

En cierta ocasión, Jesús preguntó a sus discípulos: "Queréis irnos vosotros también". Muchos otros lo habían dejado.

Pero los discípulos contestaron acertadamente: "Señor, ¿a quién iríamos?" No hay adónde volverse. (véase Juan 6:66-67).

¿De dónde obtienen fuerzas los rebeldes para afrontar las tristezas, las dificultades, los dolores de cabeza, los chascos y las lágrimas de la vida, si no es de Dios? ¡Qué tremendo obstáculo para vencer!

Y el diablo se ve confrontado consigo mismo, cuando nos produce tantas tristezas y dificultades que nos llevan a nuestras rodillas. Si el enemigo fuera realmente inteligente y me dejara tranquilo y solo, ya hace tiempo me tendría de su lado. Pero él es tan tonto que opta por perseguirme y causarme dificultades, hasta hacerme caer sobre mis rodillas.

¿Ha tenido alguna vez esta experiencia? El enemigo no se contenta con lograr que la persona viva su vida apartada de Dios. Él quiere apartarnos y empujarnos hasta la cuneta. Pero en su esfuerzo por arrastrarnos a algunos de nosotros hacia abismo, nos impulsa a volver a Dios. Y Dios está allí. Él nos recibirá siempre y cuando pueda asirnos. Los problemas de la vida pueden hacer difícil que nos perdamos.

7. EL ESPÍRITU SANTO

Otra montaña gigante es el Espíritu Santo y su obra. En Juan 16:8, dice que él convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Ello incluye hasta a los paganos y salvajes incivilizados. No se necesita tener antecedentes religiosos para ser convencidos por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios toca los corazones de la gente en todas partes. Isaías 30:21 nos habla de aquella voz que susurra detrás de nuestras espaldas, diciéndonos a dónde debemos ir. El Espíritu Santo supo cómo atravesar el pellejo de una ballena y la mente de Jonás. ¿Cómo lo hizo? No lo sé. El Espíritu Santo sabe cómo permear y penetrar los lugares imposibles. Él no se da por vencido. Hasta cuando dormimos, sigue trabajando las veinticuatro horas del día.

Cuando consideramos las dificultades que implican la elección de perderse, debemos recordar el gran poder del Espíritu Santo.

8. EL CALVARIO

Y finalmente, la elevada cúspide de la montaña que surge a través del cielo azul, como una cumbre nevada, es una montaña que se asemeja a una calavera. En su cima hay tres cruces, y la del medio tiene sus amorosos brazos extendidos, para seguir alcanzando a las personas en todo lugar, diciendo: "Dios te cuida, Dios te ama". "El que no eximió ni aún a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él, también gratuitamente todas las cosas?" ¿Cómo se puede transponer el monte del Calvario?

Aun los paganos tienen una leve conciencia, de que uno tiene que morir para pagar la culpa del pecado. Desgraciadamente la idea exacta ha sido distorsionada. El enemigo ha hecho todo lo posible por obliterarla. Pero aun así, persiste la conciencia de que uno tiene que morir para pagar la culpa del pecado. Y el Evangelio empieza a penetrar los corazones de la gente en todas partes. La

historia de la cruz es un hecho imperecedero, un gran impedimento que vencer.

Hace varios años, en cierta universidad cristiana hubo un joven que estaba harto de Dios, de la fe y de la religión; así que un día se fue de la escuela y se unió a la marina de guerra. Su propósito era alejarse de Dios. Pronto empezó a asociarse con gente del más bajo nivel, que encontró en su camino. Trató de aprender a blasfemar. Trató de aprender a fumar y beber. Trató de hacer todo lo que los otros hacían, pero descubrió que no podía.

Después de tratar desesperadamente de ir en la dirección opuesta, cierta noche entró en un auditorio público en San Francisco, vestido con su uniforme de la marina, donde mi padre y mi tío celebraban reuniones evangelistas. Allí se acercó a ellos, y les dijo:

-No he podido lograrlo. He estado tratando de huir de Dios y no puedo.

Asistió a las reuniones, volvió a Dios y renunció a la idea de tratar de perderse.

Cierta noche conté esa historia en una reunión, y cuando ésta hubo terminado, se me acercó un hombre y me dijo:

-Yo hice lo mismo. Ingresé en la marina y traté de olvidarme de mis antecedentes religiosos, de Dios, de la Biblia, de las cosas espirituales.

Siguió contándome que en la marina tuvo un comandante en jefe que lo observaba. Años antes, este mismo oficial había tratado también de abandonar a Dios, y forjarse una carrera en las fuerzas armadas.

-Al parecer, este comandante notó algo diferente en mí, siguió diciendo el joven. Se dio cuenta de que yo trataba de huir de algo, así que un día me llamó a su oficina, y me preguntó: "¿De qué tratas de huir?"

-Yo no sabía qué contestar, así que le dije: "Vine aquí para ayudar a ganar la guerra". El comandante me dijo:

"No lo dudo. Pero ¿de qué tratas de huir?" Y en pocos momentos lo descubrió todo. Descubrió que yo era miembro de la misma iglesia, que él había abandonado hacía años. Y entonces me dijo: "He estado tratando de huir por años, y no he tenido paz. Tú no querrás hacer lo mismo".

-Usted no lo creerá, pero mi comandante me ordenó ir a la iglesia todas las semanas. Me ordenó asistir a la sociedad de jóvenes. Me colocó en un callejón sin salida. Y pensé: Si Dios me persigue hasta en las fuerzas armadas, y es capaz de alcanzarme por medio de mi comandante en jefe, entonces es sumamente difícil escaparme.

Por lo tanto, mi último argumento es éste: la explicación de por qué es más difícil perderse que salvarse, es que si usted decide perderse algún día, tendrá que pelear contra Dios, contra Jesús, contra el Espíritu Santo, contra las dos terceras partes mayoritarias de los ángeles, y con todos sus amigos y amados cristianos, que están orando por usted. ¡Y éste es un drama de consecuencias eternas! Contrariamente, si usted desea ser salvo un día, tendrá que pelear contra el demonio, y contra una tercera parte minoritaria de los ángeles caídos, que clamaron por misericordia en la presencia de Jesús, cuando él estaba aquí en la tierra. Y Jesús ha prometido pelear por usted, contra nuestro enemigo y sus ángeles.

Olvídese de la falsa idea de que es fácil perderse. Dios está determinado a salvar a cada persona. Cuando él asegura que no está dispuesto a permitir que nadie perezca, él sabe lo que dice. Él quiere que cada uno de nosotros nos arrepintamos. Lo único que no hará, es forzarnos a elegir.

¿No cree que debemos estar agradecidos por los grandes impedimentos y piedras de tropiezo, que Dios ha puesto en el camino hacia la perdición, para hacernos volver y atraernos a su reino celestial? ¿Aceptará usted de nuevo hoy su gran amor, y acudirá a los pies de la cruz para recibir esa salvación que se nos ofrece gratuitamente?